

Medio siglo de cultura española

«José María Valverde y su época»

Cinco conferencias sobre el catedrático de
Estética, poeta, traductor y ensayista



En recuerdo de José María Valverde, catedrático de Estética, ensayista, poeta y traductor, la Fundación Juan March organizó, entre el 17 de noviembre y el 1 de diciembre, un ciclo de cinco conferencias con el título de *José María Valverde y su época: Medio siglo de cultura española*. En el ciclo intervinieron: Rafael Argullol, catedrático de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, ensayista y narrador («José María Valverde: El compromiso con la palabra», 17 de noviembre); David Medina, profesor y coordinador de la edición de las obras completas de Valverde («Poética y poesía: José María Valverde y la conciencia del lenguaje», 19 de noviembre); Jordi Llovet, catedrático de Filología Románica de la Universidad de

Barcelona («Filia y emancipación: Los estudios literarios de José María Valverde», 24 de noviembre); José Jiménez, catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Universidad Complutense de Madrid («El pensamiento estético de José María Valverde», 26 de noviembre); y Francisco Fernández Buey, catedrático de Filosofía moral y política de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona («Prójimo y lejano: Dialogando con Valverde sobre una paradoja histórica», 1 de diciembre).

José María Valverde fue un hombre de múltiples saberes y curiosidades intelectuales, que colaboró en varias ocasiones (ciclos de conferencias y comentarios en «SABER/Leer»; su última intervención fue a finales de 1995, presentando, en diálogo abierto, un libro de Rafael Argullol) con esta institución cultural. Por eso, como señaló Antonio Gallego, director de Actividades Culturales, era un placer organizar este ciclo, impartido por discípulos y amigos de Valverde que, sin embargo, tal vez le hubiera desagradado por su inevitable carácter hagiográfico. Por eso se decidió, explicó Antonio Gallego, recordar a Valverde situándolo en ese medio siglo de cultura española en el que participó activamente, como profesor, como creador y como incitador intelectual.

José María Valverde nació en Valencia de Alcántara (Cáceres) en 1926. Fue catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor. Tradujo, entre muchos otros autores, a Eliot, Rilke, Melville, Joyce (tradujo por vez primera en España el *Ulises*). Anotó y estudió a numerosos escritores españoles (Azorín y Antonio Machado) y extranjeros. Colaboró con Martí de Riquer en la *Historia de la Literatura Universal*. Como ensayista publicó, entre otros muchos títulos, *Vida y muerte de las ideas* y como poeta es autor de varios libros, entre otros *Enseñanza de la edad*. Actualmente la Editorial Trotta está publicando sus obras completas.

Rafael Argullol

El compromiso con la palabra

José María Valverde era un hombre que se definió como 'ser de palabra' y en cierto modo constituyó a la palabra en el centro de su horizonte vital e intelectual; y, sin embargo, estuvo siempre acompañado por una escenografía de fondo que era el silencio (el silencio es uno



de los conceptos que de una manera permanente se repite en su obra poética; siempre he creído que la poesía nace del silencio). Pero ese silencio no es sólo el silencio desde el que se destila la poesía, sino el silencio en el cual, en cierto modo, el acróbata de la palabra salta desde el ámbito estético al ámbito de la fe, que, en definitiva, es el salto al que se ve abocado continuamente Valverde y que refleja con múltiples expresiones e imágenes en sus obras, incluso en aquellas obras, que una lectura precipitada podría considerar obras más vinculadas al compromiso social. Pero el compromiso social de Valverde quedaba siempre engarzado en esa globalidad. Por otro lado, no he conocido ninguna otra persona que tuviera su profundidad metafísica y que tan alejado estuviera de aceptar la verborrea metafísica. Intentaba alejarse de toda solemnidad conceptual y creo que lo consiguió perfectamente a través de toda su obra posterior a su estancia en Roma en los años cincuenta. Él nos enseñó cómo se puede avanzar profundamente en cualquier cuestión sin someterla a aquello que Benjamin, hablando de los filósofos que llegan a un lenguaje hermético, se refería al 'lenguaje de los rufianes'. Él siempre creyó que lo profundo se expresa con enorme claridad.

Ese silencio como música de fondo viene contrarrestado en el escenario del mundo por ese que parece el elemento central de toda la poética de Valverde,

que es su amor a la palabra, o su confianza en la palabra, mejor dicho: «ser de palabra». Tanto en sus poesías como en sus escritos en prosa, como en sus conversaciones, en sus cursos, él puso en el centro del mundo la palabra: sin palabra no hay mundo, y sin palabra tampoco

hay posibilidad de rescate del mundo. Pero tampoco podemos caer en los equívocos fáciles. La confianza en la palabra de Valverde se movía en una gran tensión, la misma, creo yo, que define esa contradicción continua entre el ámbito estético (irónico-trágico) y el ámbito de la fe. Porque el gran encarnador de la palabra en distintas facetas que fue Valverde no dejó de someter a esta palabra a los polos de la contradicción.

El lenguaje es lo único que nos rescata, nos permite romper el monólogo, el peligro del soliloquio, del autismo físico y espiritual, y vernos en el mundo, en nosotros, en el amor, en la compasión, en la solidaridad. Esto lo vemos en poemas como, por ejemplo, *Crear en el lenguaje*: «déjate llevar de la mano por el gran ángel del lenguaje... cree en tu propia palabra, la de todos y ya estarás salvado en la red del hablar... volcado hacia el gran oído donde todo lenguaje, carne de memoria, ha de ser recordado...». Yo no sé si creo o no en la posibilidad de otra vida —soy agnóstico al respecto—, pero, en cambio, sí me convence esa palabra que está más allá de la palabra, esa conversación que está más allá del borde, de la frontera. No sé si creo en Dios, pero sí creo en ese logos que está más allá del logos. La posibilidad de la conversación es lo que salva al hombre y pienso que es lo que une a aquellos que tienen una fe positiva y a aquellos que, sin tenerla, creen, sin embargo.

David Medina

Poética y poesía

No creo que el poeta se Nagote en su obra o, mejor dicho, aceptaría ese punto de vista si quedara bien definido qué debe entenderse por «obra». Si tal palabra es sinónimo de «obra poética», no veo qué justificación pudiera tener el prescindir de todo aquello que escribió Valverde en otros formatos —en prosa, quiero decir—. Esta disociación entre el verso y la prosa tiene aún menos aval cuando, como ocurre con Valverde, en la obra en prosa hay elementos suficientes para reconstruir una poética, es decir, un sistema de «pesos y medidas» que el poeta se da a sí mismo como patrón desde el que enjuiciar sus versos. Pretendo evaluar el total de la trayectoria poética de José María Valverde midiendo sus versos y su evolución global por las pautas que él mismo se fue dando en cada momento; dicho de otra manera, juzgándolo de acuerdo con sus propios patrones valorativos y viendo cómo en la evolución de éstos, paralela a la que siguió su obra de creación, se dibuja claramente un sentido y un horizonte. En particular, ese sentido está dado por el ascenso del poeta a la conciencia del lenguaje, desde la cual todo lo que escribió adquiere nueva luz y coherencia. Las tres primeras colecciones de poemas publicados por Valverde como libros —esto es, *Hombre de Dios*, *La espera* y *Versos del domingo*— pueden ser considerados conjuntamente. Hay entre ellos una continuidad manifiesta que lleva desde la subjetividad lírica, sobre la que se construye *Hombre de Dios*, hasta la apertura ante el mundo y los otros, tema éste central en *Versos del domingo*. El diálogo de Valverde con Antonio Machado —uno de sus maestros más queridos— es excepcionalmente útil para entender este proceso que



arrastra a la conciencia poética fuera de sí, proyectándola hacia la objetividad de las cosas, primero, y, luego, hacia el reconocimiento del otro como tal otro.

Los poemarios *Voces y acompañamientos para san Mateo* y *La conquista de este mundo*, fechados en 1959

y 1961, se prestan, tanto por razones formales como por razones temáticas, a ser tomados en bloque, y, así entendidos, considerados como las producciones de la segunda etapa de la trayectoria personal de Valverde, en la que su voz tiene tonos y timbres tan alejados del entusiasmo juvenil de sus primeros versos como de los modos propios de la poesía «arraigada» que cultivaban Rosales, Vivanco y Panero. A partir de 1961, año en que publica, bajo el título de *Poesías reunidas*, su primera antología, se sume Valverde en un largo silencio de una década. Cuando lo rompe, en 1971, con otra antología, a la que incorpora, como material inédito, la recopilación *Años inciertos*, su estética ha experimentado aun un nuevo crecimiento, alejándose todavía más de las tendencias entonces vigentes en la poesía española. Su último libro de poemas que publicó es *Ser de palabra* (1976). Los tres poemas finales del ciclo «Ser de palabra» desarrollan las consecuencias últimas de entender que nuestro mundo y el propio yo son, para bien y para mal, tan sólo lenguaje. El fragmento titulado «Desde la palabra» da expresión al doloroso reconocimiento del limitado y angosto círculo al que, por ser su esencia la quebradiza línea del hablar, queda circunscrito todo lo real y aun los más recónditos pliegues de nuestra vida interior, en la que, al modo machadiano, nos descubrimos «repartidos en dos», en terco y obstinado diálogo.

Jordi Llovet

Los estudios literarios de Valverde

José María Valverde era un hombre de letras completo; ante todo un poeta, como a él le gustaba que se recordara, pero también un hombre de pensamiento, un filósofo, un historiador de las ideas, un conocedor del arte..., en suma de toda la historia de la cultura. Ésta es la



palabra decisiva en su aproximación a los hechos intelectuales: el de concebirlos no como una pequeña parcela de algún saber fraccionado, sino el de considerar que son no más que una pequeña parte de un todo, de un gran entramado que es lo que él concebía como cultura.

Es el conjunto de sus estudios y de sus propias traducciones lo que da el perfil de José María Valverde como hombre dedicado a los estudios literarios en el sentido más amplio que se pueda entender y que pasa, como traductor, por varias lenguas: alemán, inglés y francés, básicamente, pero tradujo también, y conocía perfectamente, del italiano y portugués. Y naturalmente las lenguas clásicas.

Se pueden analizar sus estudios literarios bajo cuatro aspectos concretos: 1) La idea de la preeminencia del lenguaje en la actividad literaria y filosófica, es decir, la importancia central que posee el lenguaje por sí mismo como instrumento semiótico, simbólico en la actividad literaria y filosófica. Valverde dedicó su tesis doctoral en 1955 a Humboldt, que es una figura clave no sólo para entender su pensamiento, sino para entender prácticamente la evolución de toda la historia literaria a partir de la ruptura entre clasicismo y romanticismo. La tesis central de Humboldt respecto al lenguaje que yo creo que le impresionó fue que el lenguaje no debía ser entendido como un «ergon» (algo acabado, terminado) sino como otra cosa, como «energeia» (energía, trabajo,

actividad). 2) La situación de la palabra literaria y la filosófica en el marco de la historia. Valverde entendió siempre que había una cultura del verbo. La cultura se construía en realidad como un «textum», una especie de combinación de urdimbre y de trama permanentes, entre campos muy diversos (unos de ellos verbales como la filosofía o la literatura y otros no verbales, como la pintura, la música, etc.).

3) La perspectiva moral y política de los estudios de Valverde, ese horizonte que se abre hacia una dimensión moral y política, es decir, ética y de activista, de persona que tiene una determinada y clara conciencia política de las cosas y que no porque sí se encuentra en sus estudios literarios. Aunque conoció a todos los autores de la literatura universal, simpatizó con unos en especial: con los solidarios y con «los humanos, muy humanos» (no creía en esa frase de Nietzsche: «humano, demasiado humano»; al contrario creía que nunca se era «demasiado humano»). Y por eso simpatizó con esos grandes escritores, desde el punto de vista moral, como Cervantes, Shakespeare, Dickens, Machado. La mejor literatura para él es la que presenta un «horizonte de emancipación».

4) Su idea de la crítica y de la enseñanza literarias. No hizo propiamente exégesis filológica de los textos literarios o hermenéutica rabínica; eso no le interesaba nada, él prefería las ideas y el progreso de la humanidad. Él creía que los textos eran transparentes, en cuanto quedan situados en medio de todas sus causas y circunstancias, y para entender aquellos textos había que conocer esas circunstancias. Para él, pues, la crítica era insinuación e invitación a entrar a fondo en un texto; nunca la crítica la entendió como dogma.

José Jiménez

El pensamiento estético de Valverde

Hay en el estilo del pensamiento de Valverde una dimensión profundamente escéptica (un escepticismo de carácter general sobre la grandilocuencia, sobre las grandes manifestaciones solemnes que tenía que ver, creo yo, con su comprensión profunda de la debilidad humana y que entroncaba también con uno de los grandes referentes de su pensamiento que es la «palabra viva» de Antonio Machado), pero también hay en su pensamiento humor, ironía (autoironía: el modo como hablaba de sí mismo o cómo convertía en anécdota aspectos importantes del pensamiento más profundo). Valverde era, sobre todo, un poeta, pero como los grandes poetas del siglo XX fue desarrollando un pensamiento teórico de gran alcance, un pensamiento, además, que contribuyó a edificar con un giro nuevo los estudios estéticos en la Universidad española. Valverde logró entroncar la estética con la vida y también con la actitud crítica y, sobre todo, planteaba la estética como una vía de compromiso a través de la construcción creativa, ya fuera el lenguaje, en el caso de la literatura, el sonido, en el caso de la música, o las formas plásticas, en el caso de las artes visuales; una vía de compromiso con los problemas más profundos de la humanidad.

Es imposible que la estética funcione sin la ética, sin una relación muy fundante con ella. Y ese compromiso que Valverde convirtió en divisa humana —una divisa también muy unida al significado que tuvo para mi generación la obra de José Luis Aranguren—; esa dimensión yo creo que está absolutamente en la raíz de la emergencia y el desarrollo de un nuevo pensamiento estético en España, que a partir de los años ochenta, a través fundamental-



mente del magisterio de Valverde, ha realizado la tarea de volver a entroncar con las personalidades más decisivas en el terreno del pensamiento y del ensayo estético en España: me refiero a Ortega, a Eugenio d'Ors y, en otro sentido, a María Zambrano. Pero, en todo caso, en el propio Valverde había un punto diferencial. Ortega era más un filósofo, d'Ors era sobre todo un gran crítico y teórico de las artes y María Zambrano era una gran estilista, una gran constructora del lenguaje. Y Valverde era, ante todo, ya lo he dicho, un poeta, que precisamente por eso convirtió al lenguaje en el centro de referencia de su trabajo de pensamiento, de su obra como pensador. El punto inicial en lo que sería la construcción de ese itinerario del pensamiento sobre los problemas estéticos de Valverde es precisamente la realización de su tesis doctoral sobre Humboldt, en la cual, a través del análisis de este gran lingüista y pensador del romanticismo alemán, Valverde supo poner en pie toda una serie de consideraciones de gran relieve sobre el problema del lenguaje. Años después, cuando publicó su gran pequeño libro (en Valverde, excepto las obras de consulta, las de pensamiento son siempre pequeños grandes libros), *Vida y muerte de las ideas*, nada más y nada menos que una visión personal de la historia de la filosofía y de la historia del pensamiento, pero donde los poetas están en pie de igualdad con los filósofos sistemáticos; años después, digo, en ese libro, al valorar el legado lingüístico de Humboldt aprovechaba para recordar que en la mente sólo funciona el lenguaje. Esta dimensión es el elemento central de todo su pensamiento estético: la idea se iría replanteando a través de aproximaciones de diversos textos teóricos.

Francisco Fernández Buey

Prójimo y lejano

No me cabe duda de que en los últimos años Valverde vivió convencido de que la historia había dado un traspies importante y de que, en tal circunstancia, la mentalidad del cristiano y la mentalidad del comunista tenían que cambiar. La pregunta es: ¿hacia dónde?, ¿en qué dirección? La respuesta que Valverde dio a esta pregunta es sugerente y sugestiva. Para él se trataba de cambiar mirando *a la vez* hacia atrás y hacia adelante para mantener el espíritu liberador o emancipador de una tradición, la cristiana, que no siempre y en todo momento pasado ha sido eso o sólo eso. Hacia atrás, pues, para recuperar la sustancia del espíritu evangélico. Lo que para Valverde se resume así: renovar el compromiso con los humillados y ofendidos del mundo. Y hacia adelante, para anudar lazos con aquella otra parte de la humanidad sufriente que a veces se declara atea y también anticristiana. El instrumento teórico del que se servía Valverde para este ejercicio difícil que consiste en renovar la propia tradición sin negarla es un tanto atípico, muy poco habitual. Es un instrumento teórico construido con piezas procedentes de varias corrientes filosóficas contemporáneas que no suelen comunicarse entre ellas: de Wittgenstein y la filosofía del lenguaje que tiene su origen en él; de Ranher y su lectura de los Evangelios; del proyecto de emancipación de Marx que tiene su origen en el reconocimiento de las necesidades básicas del ser humano y su desembocadura en una sociedad otra, de iguales.

Sólo que en la cabeza y en la pluma de Valverde aquellas piezas procedentes de corrientes filosóficas tan distintas acaban componiendo, como por interacción, un instrumento teórico tan nuevo como sorprendente. En *Vida y muer-*



te de las ideas, en su *Nietzsche* y en el *Diccionario de la historia* Valverde ha demostrado que era un lector, tan libérrimo como agudo, de textos clásicos, y en este caso también de contemporáneos.

Así, por ejemplo, Wittgenstein le sirve a Valverde para fundamentar la necesidad actual de abandonar la vieja y tantas veces renovada aspiración cosmovisionaria en el marco de la tradición cristiana; y, con ella, para abandonar también el término «teología» (incluida la «teología de la liberación»), cuando lo que está en primer plano es el intento de combatir las desgracias y sufrimientos de las pobres gentes y la propuesta a éstas en un mundo mejor. Ranher le sirve a Valverde para llamar la atención del cristiano sobre las implicaciones que ya para el hoy tiene aquel juicio final («ateo», dice él) en el que no se preguntará a los hombres sobre sus creencias e increencias sino sobre lo que realmente hicieron para dar de comer al hambriento y de beber al sediento. De esas implicaciones la más importante es que, una vez que se ha decidido ver el mundo desde abajo, y compartir esa visión con los de abajo, no sólo hay que renunciar a la cosmovisión totalizadora, sino incluso a la acentuación de la diferencia ideológica.

Y Marx le sirve no sólo para comprobar, analíticamente, los males del capitalismo realmente existente y fundar así la idea de comunismo moderno, sino también para reproponer el papel central de la subjetividad en la historia y, con ello, restaurar la esperanza de los de abajo. ¿Y se puede juntar al analítico Wittgenstein con el comunista Marx, y a estos dos con el cristiano Ranher, sin caer en una nueva forma de eclecticismo? La respuesta a esta nueva pregunta es: se puede, y Valverde lo hizo. □